

## PRÓLOGO

C LAUDIO MAGRIS diseña a uno de sus personajes como combatiente en la batalla de Austerlitz, y como interrogado años después sobre lo que podría haber experimentado uno de los protagonistas de aquel momento. Su respuesta fue, «verá usted, es que en aquel momento, aquel momento todavía no era aquel momento».

En efecto, en el momento de la batalla ninguno de los que estaban allí podía sospechar la trascendencia histórica que podía llegar a tener, ni la que podían llegar a tener las batallas que se libraron a consecuencia de aquella. También en determinados periodos del despliegue de una cultura todas las comunidades que la integran aspiran unánimemente a un mismo objetivo, y el pasado se ve en función de esa única meta, y en otros periodos las distintas comunidades pueden tener trayectorias imposibles de unificar y mirar los tiempos de otra manera. Por eso también tiene razón Ray Bradbury cuando, a finales del siglo XX, dice «el futuro ya no es lo que era».

Una de las tesis que se difundieron a partir de la obra de Michel Foucault, especialmente a partir de *Las palabras y las cosas* y *La arqueología del saber*, fue la de que la historia es un saber que no tiene objeto, sino solamente método. En sus formulaciones más extremas se puede expresar diciendo que depende de la focalización y de la periodización, para que se obtenga un relato sobre un acontecimiento o bien otro relato muy diferente sobre el mismo acontecimiento. Miguel Morey lo expresa de una manera estridente en *El hombre como argumento*, «nos pasa lo que nos pasa porque lo contamos como lo contamos».

Es importante tener esto en cuenta a la hora de abordar un volumen como este de *Narrativas fundacionales de América Latina* porque América Latina no tiene una sola historia. La historia es la expresión escrita de la autoconciencia de un grupo humano, pero hay muchos grupos humanos, y el mismo acontecimiento no es «el mismo» relatado por unos grupos o por otros. Desde luego, no es la misma historia la que cuentan los

vencedores que la que cuentan los vencidos, los invasores y los invadidos, ni son las mismas cruzadas las que cuentan los musulmanes que las que cuentan los cristianos. Y hay ya suficiente literatura sobre todo ello.

Tampoco es la misma historia de América la que cuentan los hispanistas, los panamericanistas y los indigenistas, ni, en general, la que se encuentra en fuentes que utilizan las lenguas de la Europa occidental, alemán, francés, español, inglés, italiano o portugués. Y eso puede comprobarse con cierta comodidad recurriendo sencillamente a una herramienta tan accesible como Wikipedia en esas diferentes lenguas.

Estas observaciones podrían resultar incómodas y excesivas para quienes mantengan una adhesión demasiado incondicional a los valores de la objetividad y la verdad, es decir, a la racionalidad científica. Pero después de casi cincuenta años de debate sobre esos valores y esa racionalidad, parece que se va llegando a un punto de equilibrio en el que se acepta que la objetividad y la verdad no son valores incondicionados, y que la historia no pertenece más al ámbito de la racionalidad científica que al de la interpretación artística. Los saberes humanísticos no son, en su mayoría, ciencia, y sus cultivadores pueden ya confesarlo sin rubor y sin sentirse sin legitimidad ante la comunidad de los profesionales del saber.

Contarse para saberse. Contarse para comprenderse. Contarse para orientarse. Pedro Enríquez Ureña y Ángel Álvarez de Miranda hicieron reflexión y balance a mediados del siglo xx del modo en que América Latina había intentado todo eso a través de la literatura. Por su parte, la literatura del *boom*, a partir de los años 60, hace un nuevo intento de autointerpretación, haciendo tabla rasa de las aportaciones precedentes, y en 1993 Doris Sommer, en *Ficciones fundacionales* (tr. esp. México: FCE, 1994), vuelve a realizar un balance de las aportaciones anteriores y posteriores al *boom*, para encontrar analogías y continuidades, además de las previsible diferencias.

En la literatura española hay relatos de lo que han sido las gestas de los señores y los monarcas. Hay un *Poema de Mio Cid*, y hay unas aventuras de *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, que se propone llevar a cabo precisamente las tareas propias de los señores y caballeros, que es precisamente hacer justicia. A partir del momento en que la historia empieza a ser protagonizada cada vez más por gente corriente, hay una historia de la gente menos importante en los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós. Pero ni el autor del *Poema del Cid*, ni Cervantes, ni Galdós desempeñaron actividades políticas, ni su comprensión de su comunidad

humana la vieron como punto de referencia para actividades políticas propias ni ajenas.

En América Latina la gran literatura no es tan independiente de la política como en España, ni es tan desinteresada, con ese desinterés tan definitorio de la actitud estética. Como lo han señalado los autores mencionados, la gran literatura latino americana está hecha por escritores cuya vocación es también política. No se trata de una instrumentalización del arte porque sus autores son auténticos artistas. Lo que pasa es que también son auténticos políticos. Por eso los temas son la realidad del país y sus proyectos de construcción.

Los relatos fundacionales del siglo XIX integran unas veces los sueños de un visionario y otras las fantasías de un caudillo populista. Los del siglo XX más bien alternan los ideales de construcción de un país sobre ciertas bases reales con las lamentaciones ante la opresión y la explotación de unos pueblos condenados al subdesarrollo. En el siglo XXI no hay tantos relatos propiamente fundacionales, ni tanta relación entre la literatura y la política. Los temas son otros y en ellos aparece la globalización, el cosmopolitismo, la interculturalidad, la marginación de los africanos, el desarrollo industrial y otros.

Lo que aparece más destacable en los relatos fundacionales es, como señalara Sommer, la constante vinculación entre la pasión nacionalista y bélica con la pasión erótica heterosexual. En cierto modo, como si la tierra y la patria asumieran toda la atracción, el amparo y la fecundidad femenina, y como si el caudillo y el revolucionario asumieran todo el empuje y la audacia de la virilidad.

La acción política es una actividad más reflexiva y más superficialmente consciente que la actividad artística, en el sentido de que la dinámica cultural es más amplia y más honda que lo que abarca la acción consciente del político. Por eso en las expresiones artísticas y, en general, culturales de una comunidad humana, hay dimensiones de su afectividad, de sus creencias, de sus modos de expresión, de sus dinamismos y estancamientos históricos a los que la conciencia y la acción política no alcanzan. La política y la conciencia, y a veces también la ciencia, operan en horizontes más pequeños y abarcan periodos más cortos que los de la cultura y el arte.

Por eso la forma de obtener la visión más amplia posible de la constitución, organización y dinámica de una comunidad humana es conjugar la perspectiva del político con la del historiador, la del artista, la del antropólogo o sociólogo y la del filósofo. Eso es lo que se ha intentado en este volumen.

En él han colaborado filósofos, historiadores, literatos, críticos, filólogos, sociólogos y pedagogos, de siete países y nueve universidades iberoamericanas, de entre los que celebramos el II Seminario Identidad Cultural Latino Americana (II SICLA) en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, en agosto de 2009.

Juan José Padiá, de la Universidad de Málaga, España; Rosa Nuñez Pacheco, de la Universidad San Agustín de Arequipa, Perú; Adriana Rodríguez Barraza, de la Universidad Veracruzana, México; Jaime Peire, de la Universidad Tres de Febrero de Buenos Aires, Argentina; Marta Cecilia Betancur, Adolfo Leon Grisales y Jorge Mario Ochoa, de la Universidad de Caldas en Manizales, Colombia; Juan Cortez Gómez, de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, Colombia; Esteban Ponce, de la University of Virginia at Wise, USA; José Santos Herceg, de la Universidad de Santiago de Chile, Chile; y los profesores de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, Colombia: Iván Darío Carmona, Paula A. Dejanon Bonilla, Johman Carvajal Godoy y Victor Hugo Gómez.

Participaron otros profesores de otros centros colombianos y americanos, cuyas aportaciones no quedan recogidas en el volumen, pero que fueron parte importante de un diálogo que se desarrolló en un foro apacible y acogedor, la Facultad de Humanidades y Teología la Universidad Bolivariana de Medellín, cuyo decano, Diego Armando Marulanda, estuvo en todo momento pendiente del desarrollo de las jornadas.

Los organizadores del evento quedamos muy agradecidos al Decano y a la Universidad, por una parte, y, por otra, a todos los participantes que han hecho un considerable esfuerzo para congregarse en Medellín en las fechas precisas, y deseamos que las contribuciones aquí recogidas sean del interés de quienes realizan y estudian la vida latinoamericana en esta segunda década del siglo XXI que ahora comienza.

Marta C. BETANCUR, Jacinto CHOZA y Gustavo MUÑOZ  
Medellín-Sevilla, 6 de diciembre de 2010